



COPA AMÉRICA

El travesaño | El partido del siglo
REINALDO MARCHANT





“El travesaño”, “El partido del siglo” de Reinaldo Marchant.
© Reinaldo Marchant.

Agradecemos la colaboración de Juan José Panno (www.cuentosymas.com.ar) y de Marcos Cezer, de Ediciones Al Arco (www.librosalarco.com.ar).

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011
Colección: Pasión por leer 2011



MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2011
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

El travesaño

Reinaldo Marchant

Siempre esos partidos eran aburridos, como el clima de las tres de la tarde, viscoso, la atmósfera pegadiza y esa canícula brutal que ardía en la mollera. Alrededor serpenteaba una lentitud de espanto. Apenas unos atrevidos caminaban un trecho con una botellita de líquido adherida a la comisura. A esa hora jugaba el equipo de la Tercera División, dando inicio a la larga jornada de la tarde. Y había que sacrificarse frente al calor montaraz. En eso consiste la pasión, el fútbol vital. Llegaba buena cantidad de público que desafiaban a esa pesada gelatina sin ventilación y se perdían la siesta del domingo; había motivo para ir a la cancha. Jugaba El Pájaro, un arquero sensacional, ágil, un poco loco, de físico esmirriado, huesudo, con una chasca desmedida, caótica, que le raspaba los hombros y le daba un aire de Sansón en decadencia; con fama de imbatible, de acróbata de los tres palos, atajaba como quería, con una mano, levantando una pierna, usando la cabeza, bajándola de pecho, y hasta colgado sobre el travesaño.

El famoso guardavalla tenía una costumbre algo rara, que asomó siendo niño: apenas comenzaba el partido subía al travesaño de un brinco. De pie o sentado en la madera observaba el partido, a veces liando un cigarrillo, chupando una caluga o parado cuan largo era. Cuando el trámite del pleito invitaba a un festín de bostezos, daba órdenes, gritaba a todo pulmón con su voz ronca y reclamaba aplicación a sus compañeros. Naturalmente, lo hacía para que despertaran. También aplaudía las buenas jugadas y nunca dejaba de rezongarle al árbitro. Frente a una maniobra de real peligro en su área, se impulsaba como un resorte a la cancha y con un cálculo impresionante tapaba los disparos, evitaba goles, cortaba centros cabeceando la de cuero, o volaba desde esa altura para sacar con la mano los tiros a media altura. Alejado el riesgo, volvía a la altura de los palos con suprema naturalidad. De vez en vez,

se distraía contemplando las vastas y lejanas geografías. Parecía un mono atajando pelotas, un librepensador o un ángel que añoraba regresar al lecho de los cielos.

La gente lo aplaudía a rabiar. ¡Los fanáticos vienen a disfrutar a esos pocos que rompen los esquemas y se salen de la abulia formal de las cosas!

La imagen de verlo meditabundo, sentado o caminando por la madera era de una belleza indescriptible. El escaso público reconocía con palmas su originalidad.

Los árbitros no sabían si era lícito que jugara encaramado en el travesaño. De modo que solo le pedían que no fuera a lastimarse. El Pájaro reía casi indolente. Se tenía fe. Confianza. Para él resultaba más seguro estar en el aire que pisando el suelo. Contaba que veía mejor los engaños, las burlas y las gambetas de los rivales –“y las injusticias de los ricos, por supuesto”, filosofaba-. Entonces, si la situación lo requería, volaba para contener los avances. Era una costumbre que desarrolló desde la tierna infancia, cuando vivía más en las copas de los árboles, en los tejados de las casas, que en la quemante tierra; odiaba el dolor de las calles, la contaminación humana y el hedor insano que emanaban los basurales.

El récord de subir y bajar en un mismo cotejo lo realizó un domingo 1º de noviembre, se elevó y descendió treinta y tres veces, similar al número de años de Jesucristo. “Nunca fui más feliz que aquella vez”, recordaba a menudo con luminosa nostalgia.

Naturalmente, en muchas ocasiones le encajaron sendas dianas desde treinta y cinco metros de distancia, que lo sorprendieron. Lo dejaron sin reacción. Eran los costos de la audacia. Empero, se había dado el lujo de atajar lanzamientos penales ubicado en el centro del travesaño, ¡arriba! Nadie, ni él siquiera, podía explicar cómo pudo llegar a esas pelotas golpeadas con bronca a doce metros de la línea del pórtico.

En una oportunidad, un puntero vivaracho le mandó un potente tiro a media altura. El Pájaro, antes que sacara el disparo, intuyó la intención del jugador y en una décima de segundo ya estaba preparado: cuando vio que el balón transitaba velozmente por el firmamento, se colgó sujetando los pies en el madero y desvió el esférico balanceándose con la rapidez de un chimpancé. Hasta el árbitro celebró el invento.

En cambio, cuando el partido era aburrido en extremo, se recostaba a lo largo del travesaño, como si estuviera en la playa mirando la pletórica belleza de un mar en calma, sacaba desde las medias un cigarrillo –no podía estar sin

fumar—, lo encendía y parecía feliz de la vida trepado en esa altura del arco. Un par de ocasiones permitió soberanamente que los rivales marcaran un gol para avivar la contienda y entretener a los fanáticos que lo venían a ver.

El Pájaro fue realmente un excelente golero. Podría haber jugado en Primera junto a las demás estrellas del Unión Milán: lo perjudicaba su peculiar estilo. Varios entrenadores le ofrecieron subirlo de categoría a cambio de “civilizar” su forma de jugar. No le interesaban este tipo de ofertas. Las desdeñaba.

—Si lo hago, muero como jugador y persona; yo así entiendo la Vida... —explicaba.

A decir verdad, no le importaba en cuál equipo lo ponían, sino que le permitieran jugar donde más se sentía feliz y se divertiera: arriba del travesaño.

Alguna vez alguien le preguntó por qué atajaba de esa manera, y contestó que el puesto de arquero era una especie de desgracia, había que aliviarlo con algo de locura y de poesía, entonces se le ocurrió aquello de subir al palo, caminar y correr de memoria sin caerse, mientras el gentío gozaba de lo lindo y sus compañeros defendían la redonda en la mitad de la cancha. “Las grandes creaciones del mundo se han conquistado con un pie más arriba de la tierra”, solía decir en la sede del club. Pocos atendían sus palabras.

Para desdicha de él y de su hinchada, sobrevino una tarde negra.

Su equipo disputaba el tercer lugar en el campeonato. Era el último pleito del año. Y llegó demasiada gente. Incluso merodeaba la cancha un periodista de un diario popular que quería escribir una nota sobre el insólito guardavalla.

Los nervios traicionaron a sus compañeros y al entrenador. En el camarín le suplicaron que, ¡por única vez!, defendiera el arco abajo, a la manera tradicional.

—¡No puedo! —respondió El Pájaro—. Va contra mis principios... —y remató—: Además, un periodista de un diario está preparando un reportaje sobre mi forma de jugar.

No lo convencieron.

Y el partido empezó. Apenas pudo, voló ágilmente hasta el travesaño. Mientras peregrinaba por la madera, con las manos en la cintura, chascas al viento, un fotógrafo le sacó varias instantáneas. Parecía un pájaro de carne y hueso desafiando a la raza humana. Por primera vez el entrenador insistía a viva voz que descendiera de los palos. El Pájaro escuchaba la demanda, pero la ignoraba con evidente desdén.

Atajó un par de pelotas fáciles. Quiso la suerte que alcanzara a desviar de manera espectacular un balón que se colaba en el “rincón de las arañas”. Voló hasta el otro extremo para salvar su valla.

Aplausos endemoniados del público y nuevas peticiones del entrenador y de sus compañeros para que jugara a ras de piso. Volvió a ignorarlos.

Se cumplían casi treinta minutos del primer tiempo, cuando un delantero del equipo contrario sacó un disparo impresionante; él vio el movimiento del pie izquierdo, mas no pudo adivinar la trayectoria del balón, que se acercó haciendo cabriolas, un zigzag extraño, como que iba a un lugar y luego se desviaba, y acabó por golpear de forma violenta en pleno abdomen de El Pájaro, quien reaccionó tardíamente, embolsando el balón contra su estómago, afirmandolo seguro en los guantes; sin embargo, el impacto le hizo perder el equilibrio, sus pies se enredaron y cayó desgraciadamente dentro de su arco. Gol. Lo tapizaron con garabatos de grueso calibre, recordándole las zonas nobles y reproductoras de sus más preciados familiares. Para colmo, el entrenador lo cambió...

—¡No te quiero ver más! —le gritó el técnico, ofuscado.

El Pájaro, avergonzado, cariacontecido, entristecido como jamás se le vio, dio media vuelta, sacó los guantes, los botó, y echó a caminar por la línea del ferrocarril. En el trayecto se detuvo para quitarse los zapatos, haciendo un nudo con los cordones y colgándolos, a la manera de un animal cazado, en el hombro. Iba llorando. Desapareció bajo esa tarde que recordaba a los difuntos del mundo. Lo último que se le vio fue la chasca flotando a medida que se perdía. Nunca más regresó. Se retiró del fútbol. La sombra de su cabello fue la única imagen que la gente recordaría muchos años más tarde, porque la otra imagen, aquella de verlo pendido en el travesaño, arriba de la tierra quemante, que evocaba a un sufriente Cristo, esa había que haberla visto para contarla: ¡era de una belleza indescriptible...!



El partido del siglo

Durante la semana, el padre Quintana cumplía con todos sus deberes religiosos, aunque algunos feligreses le reprochaban que mezclara asuntos beatos con ejemplos futbolísticos, pasajes de la Biblia con jugadas maravillosas y, por aquello de decir *Dios había jugado a la pelota, que el cielo es una hermosa cancha de fútbol*, todo eso no lo soportaban. Y se lo planteaban directamente. El cura se defendía como gato de espalda, haciendo la misma finta y gambeta que de vez en vez le resultaba cuando picaba por la punta derecha en el estadio San Miguel.

Le criticaban con voz áspera, también por escrito, lo que él llamaba “pasión del domingo por la tarde”, cuando iba a jugar a la pelota loco de contento, con el bolsito al hombro, la sonrisa cruzada en la boca, tratándose de tú a tú con transeúntes, aguantando las bromas, seguido por una docena de carasucias, y se desvestía en el camarín —más encima llegaba con sotana y escapulario—, y qué le voy hacer, si soy cura, decía, y silbaba temas mundanos, ponía el Nuevo Testamento en la banquita, pedía que los jugadores lo besaran, a ver si El de Arriba les daba una manito, olvidándose completamente de los cristianos que se quejaban de su comportamiento grosero durante el partido, donde puteaba de lo lindo a sus compañeros, discutía con el árbitro, el público, cometía infracciones descaradas, para eso estamos los defensas, explicaba, solo le falta desnudarse y ducharse en el camarín, le recriminaban sus superiores, y claro que lo hago, qué malo tiene, ¡por el amor de Dios!, contestaba alzando los brazos, como si celebrara un gol de la victoria. Aunque lo inadmisible lo realizó una ocasión en que se fue ofuscando de a poco, hasta nublársele la mente: sin motivo que lo justificara, se tomó las bolas de frente a unas mujeres que lo abucheaban cada vez que tomaba la pelota. Casi lo linchan, pero no lo suspendieron del campeonato.

—Cuando a uno le hieren el orgullo, se olvida de que es santo... —declaró impávido cual santito de yeso.

El padre en ocasiones defendía su “pasión de los domingos”, señalando que la vida le presentó dos oficios: el fútbol y la religión, en ese orden. Y que optó por el amor a Dios porque para recibirse de jugador le faltó una pizca de calidad en los pies y agilidad en la cintura. Así que llegó a la iglesia por descarte. Tenía la certeza de que hacía bien ambas cosas. Al menos eso creía. Los religiosos, sin embargo, discrepaban.

En la parroquia casaba muchachos, bautizaba crías, impartía misas, vela-ba difuntos, confesaba y salía a visitar enfermos durante la semana. Los jueves, eso sí, se dejaba caer en la sede del club a jugar a las cartas, billar y ajedrez. Se retiraba hacia la medianoche, pasado a humo y algo achispado por unas copita de vino blanco. Era lo que se llama un buen cristiano.

La crítica que le hacían tenía que ver con ese fanatismo por jugar a la pelota el día domingo y, a veces, a mitad de semana en la calle, en el parque y en el propio patio de la iglesia. Para peor, en la cancha no era un futbolista correcto: tenía mal genio, discutía todo, trataba en lo posible de engañar al árbitro pidiendo cobros imposibles. Su carácter lo traicionaba. Y el equipo contrario salía a buscarlo. A provocarlo. Y el cura, bravo como era, se hacía encontrar. En muchas ocasiones se fue a las trompadas y sacó la peor parte. Lo suyo no eran los sopapos. Pero a él no le importaba realizar las misas y el trabajo pastoral con un ojo hinchado, el labio partido y la cara con rastros cardenales... Son cosas del fútbol, decía a sus superiores.

Intentaron cambiarlo de lugar; no tenía sentido. Pelotas y canchas de fútbol existían en todas partes. El fútbol es una pasión que nace y muere con el hombre, como Dios. Llegaba al sano delirio de asegurar que en el cielo “se jugaban las mejores Ligas de Fútbol”. Pocos le creían. Y él oraba por esos agnósticos.

En el camarín era un espectáculo. Luego de vestirse, les pedía a los muchachos que rezaran un Ave María, y enseguida ponía a uno por uno una cadenita en el cuello, con la imagen de Cristo. Luego los bendecía. A su equipo, los fanáticos lo llamaban *El Equipo de Dios*. Rara vez ganaban. Torpes absolutos tampoco eran. Un día pidió lanzar un tiro penal. Faltaban minutos para el término del cotejo. El cura realizó un ritual increíble, tomó pausadamente la redonda, la besó con los ojos cerrados, fue donde el arquero, le habló algo del Señor, volvió al punto del penal, se arrodilló, oró en silencio, se persignó, marcó hacia atrás unos doce metros para emprender la carrera, luego vino el fiasco: quiso la mala suerte que pateó la tierra y el balón salió disparado... al cielo. Lo tapizaron con garabatos y bromas hirientes. Un feligrés hincha del

club se quejó a viva voz en la misa por la forma inaceptable de perder un gol cantado: “aquello no tiene perdón de Jehová”, sentenció.

—Reza para que tenga más talento —le respondió con voz de adoración Quintana.

Hacia el final del campeonato, *El Equipo de Dios* quedó en el penúltimo lugar de la tabla. Entonces sus superiores, que también gustaban del fútbol pero no lo demostraban públicamente, se preocuparon sobremanera. Llamaron a una reunión personal al padre Quintana. “¡Tanta riña, trompadas, cháchara, problemas, para ir al fondo de la tabla!”, lo recriminaron. Se quejaron de la mala imagen que estaba proyectando para la Iglesia por ser mediocre para el balompié. Por los escasos logros deportivos. Llegaron a un acuerdo. Si terminaban último, se mudaba a una parroquia de otra región donde no practicara más fútbol. Al fraile lo pillaron volando bajo y hubo acuerdo.

Así nació lo que desde entonces se conoce como *El partido del siglo*.

Hubo una difusión exagerada sobre el encuentro. La noticia corrió de boca en boca. En los alumbrados públicos colgaron rótulos, en los bares dejaron propaganda alusiva y se supo que cada misión religiosa, desde los protestantes hasta las Hermanitas Descalzas, se levantó en oraciones a favor del padre Quintana. Incluso dirigentes de clubes archirrivalos intentaron influenciar a los píos superiores para no exponer “a un escarnio público” al peculiar fraile. No fue posible.

Nadie fue capaz de reconocer que la derrota del *Equipo de Dios* era inevitable...

El día del partido llegó mucha gente a alentar al cuadro del cura. Los evangélicos le cantaban loas. Por supuesto, se hallaban sus superiores y un montón de feligreses, fanáticos del balompié. De una diócesis importante llegó un obispo de apellido Ortega. Es decir, por aliento iba ganando de taquito. Faltaba el pueril detalle de jugar el cotejo...

El padre Quintana se preparó en la semana para el encuentro. Entrenó en doble jornada durante seis días. Por las noches se acostaba rendido. Se cuidó como jamás lo hizo. No bebió vino blanco ni fumó puchos baratos. Según él, llegaba en excelente forma física y mental. Sin embargo, no se le veía contento, conversador, bromista. Caminaba abstraído. Ido. Muchos aseguraban que meditaba en la formación del plantel, en la ubicación de los jugadores y en el método que utilizarían para “aplstar” al ignoto adversario, que marchaba a la sazón último en la tabla de posiciones.

Pidió ocupar excepcionalmente el puesto de atacante. Nadie se opuso.

Quería gritarles en la cara un gol a los incrédulos. En el fondo, él armó el equipo. A su pinta. Lo que vino enseguida fue una nueva lástima. Al primer pique, se fatigó ambos muslos, pero continuó jugando a tientas, cojeando. Se perdería goles cantados. El balón pasaba por entre las piernas. ¡No dio un solo pase decente! Antes del ocaso del primer tiempo, un defensa lo pasó a llevar y el fraile le asestó un puntapié criminal; le mostraron tarjeta amarilla y no lo echaron gracias a la intervención del obispo.

En el segundo tiempo ya no corría, tampoco caminaba en la cancha. Estaba parado en el círculo central dando órdenes a sus compañeros. Su figura altísima recordaba al Quijote de la Mancha desafiando a los Molinos de Viento. Curiosamente, cuando él no anduvo, el equipo jugó mejor. Hasta marcaron dos dianas. El resultado fue lapidario. Perdieron cinco a tres. Con una sinceridad aflorada del alma, salió llorando del recinto. Tomó sus cosas y se marchó. No quiso hablar con nadie. Ignoró los insultos. Las quejas. También esas bendiciones de los diversos credos. Puso oídos sordos a las pocas voces que le pedían calma.

El Partido del Siglo culminó en una especie de tragedia griega...

Días después se contaba que sus superiores no tuvieron piedad con el papelón que se mandó. Lo enviaron sancionado a una humilde parroquia del extremo sur, por allá en el hábitat natural de los pingüinos y glaciares. En el documento que cursaron, estamparon el motivo de su traslado: “Querer jugar insistentemente al fútbol sin saber tocar la pelota y, más encima, hacer bulli-cio público con un match de fútbol tildado como *El Partido del Siglo*”.

Del ungido se conoció una única noticia que no causó asombro en nadie, que, bajo la lluvia más triste y desamparada, todavía continúa buscando el sacrificio de traspasar los dos maderos del balompié. En su reducido despacho, se lee una especie de pensamiento futbolero: “Jesús también sufrió bajo los palos”.

Amén, padre Quintana. Amén.





REINALDO MARCHANT



1958, nacido en Chile de abuela paterna argentina, país que considera su segunda patria. Es Licenciado en Letras, académico, fue Diplomático Agregado Cultural de Chile en Uruguay y Colombia. Es autor de una veintena de novelas y cuentos, que han recibido galardones y reconocimientos en distintos países. Obtuvo los prestigiosos Premios de Novela de la Editorial Andrés Bello, por *El Abuelo*, y el Municipal de Literatura de Santiago, por *Las Vírgenes no Llegarán Al Paraíso*, Bravo y Allende Ediciones. El año 2008 fue Declarado Visita Ilustre en la Feria del Libro de Córdoba, Argentina. Ha publicado cuatro libros de relatos literarios de fútbol. El último de ellos, *El Ángel de las Piernas Torcidas* -Ediciones Mar del Plata-, contiene un prólogo de Jorge Valdano.





Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

PASIÓN POR Leer

2011



Secretaría de Deporte
Ministerio de Desarrollo Social



COPA AMERICA
ARGENTINA 2011



TV Pública
CANAL SIETE

Fútbol para tod@s